



Unas 48.5 hectáreas del Centro Histórico son las incluidas dentro de la declaratoria. /Fotos: José A. Rodríguez

Trinidad, un lienzo al aire libre

Declarados Patrimonio de la Humanidad hace tres décadas, el Centro Histórico de Trinidad y el Valle de los Ingenios intentan salvaguardar los valores que los distinguen como un conjunto excepcional

Dayamis Sotolongo Rojas

Cuando los files repletos de hojas y más hojas estuvieron listos, los acomodaron dentro de unos cajones enormes tapizados con afiches del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos. Creían que les habían puesto punto final a tantas noches de desvelo, a tantas casas y palacetes y haciendas convertidas entonces en trazos de lápiz que, sin intuirlo, iban reedificando también la historia.

“Aquellos mamotretos parecían unos sarcófagos”, recuerda Víctor Echenagusía Peña, por aquel entonces el mismo investigador empedernido de hoy. No era el único. Alicia García Santana, Teresita Angelbello y él habían rehecho a Trinidad hasta el delirio: días y días entrando y saliendo a esta vivienda, a aquel palacio; jornadas y jornadas repasando plano a plano la arquitectura; noches enteras modelando la ciudad en esas charlas larguísimas encima de los barriles de manteca rusa pintados como si fuesen verdaderos asientos.

Era un empeño onírico y secreto: incluir a Trinidad en la lista de Patrimonio Mundial de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). Pasarían meses de indagación acuciosa, de estudios permanentes, de ir apuntalando desde la ciencia las reliquias que a ojos vista hacían de la ciudad el óleo que aún parece ser.

Treinta años después la condición de Patrimonio de la Humanidad no es un título honorífico, pesa sobre una Trinidad donde las mismas casas decimonónicas hechas a fuerza de embarro y argamasa abren puertas a hostales, galerías, restaurantes, cafeterías... *Escambray* tropieza hasta con las chinas pelonas de sus

calles en el intento de desandar una ciudad antigua que late en pleno siglo XXI.

VISTA HACE FE

“Hay que hacer un expediente, pero en absoluto silencio”, había encomendado telefónicamente Marta Arjona, entonces presidenta del Consejo Nacional de Patrimonio Cultural. En Cuba, solo La Habana —en 1982— había podido incluirse en la lista del Patrimonio Mundial.

Antes también, Carlos Joaquín Zerquera —el segundo historiador de Trinidad— había empezado a restaurar un edificio aquí, otro allá. Luego, en 1979, surgía el Museo de Arquitectura que sería no solo el epicentro de importantes proyectos culturales, sino el encargado de llevar las riendas de la restauración y conservación de la ciudad. Era la fragua de la reescritura misma de Trinidad.

“Conformar el expediente que se presentaría a la Unesco para declarar a Trinidad como Patrimonio Cultural de la Humanidad —rememora Víctor Echenagusía Peña, actualmente especialista principal del Departamento de Investigaciones Aplicadas de la Oficina del Conservador de la Ciudad de Trinidad y el Valle de los Ingenios— llevaba un trabajo de mucho rigor técnico en cuanto a levantamientos históricos, de carácter arquitectónico, urbano...; en fin, todo un cuestionario que incluía aspectos incluso de la vida del trinitario, de sus características socioeconómicas y, además de eso, el compromiso de los estados miembros —en este caso del cubano— de salvaguardar ese patrimonio que se estaba proponiendo”.

Y prevalecía la discreción, tanto que, según dice, ni los técnicos que hacían aquellos diseños por encargo o los que trazaban los planos a mano alzada sabían la verdadera finalidad

de lo que estaban realizando. Aquel trío de muchachos —Alicia, Víctor y Teresita— lo hacían por pura vocación, sin aquilatar tal vez la trascendencia.

“Lo hacíamos como un divertimento —reconoce Echenagusía Peña—, sin conciencia del legado de lo que estábamos haciendo”.

Cuando los expertos pusieron un pie en Trinidad para constatar de primera mano todos los valores que exponía el expediente, también quedaron embelesados. En una de las jornadas de trabajo, aquel señor le adelantaría por lo bajo a Víctor: “Yo no tengo voto, pero sí tengo voz en esa reunión que se va celebrar en Brasilia; por lo que tú me has mostrado y por lo que los documentos proponen, indudablemente la ciudad lo merece”.

Entre el 5 y el 9 de diciembre de 1988 el resto de los especialistas, reunidos en Brasilia, refrendaban aquella misma observación: Trinidad y su Valle de los Ingenios eran declarados Patrimonio de la Humanidad. La Unesco los distinguía esencialmente por dos condiciones: la tipología típica tradicional y el hábitat humano tradicional.

“Yo creo que se hizo un acto de justicia, porque Trinidad merecía esa condición —sostiene Echenagusía Peña—, pues indudablemente no existe en América Latina otra ciudad como ella. Es también la magia que se mueve en estas ciudades históricas lo que nosotros tratamos de mostrar y la Unesco lo reconoció”.

UN TESORO MUNDIAL

Se endilgaba tamaño título a un Centro Histórico que abarca 48.5 hectáreas distribuidas en 93 manzanas, lo cual representa el 16 por ciento de la ciudad. Sin disonancias conviven allí más de un centenar de inmuebles del siglo XVIII, una cifra superior a los 500 pertenece al siglo XIX y más de 400, al XX.

“Están delimitadas tres zonas de conservación: la A, la B y la C, y también existe una zona perimetral, que es la llamada de amortiguamiento —apunta Arianna Domínguez, especialista principal de Arquitectura de la Oficina—. Hay determinados edificios de alto valor histórico que están incluidos en la declaratoria y se encuentran fuera de esas zonas, como es el caso del Cementerio Católico, el Fortín Vizcaya, el Cuartel de Dragones y la Iglesia de La Popa”.

Basta recorrer el sureño municipio para apreciar los mismos valores que los expertos ponderaron tres décadas atrás: el empedrado original en las calles, la clásica vivienda de patio, las comadritas y las mecedoras de antaño mecidiéndose sin recato en las salas de las casas, la forja de los herreros al doblar la esquina, las puntadas que van hilvanando también las esencias.

“Esta es una ciudad que se mueve en la magia —asegura Echenagusía Peña—. No es

la simple propuesta de voy a hacer esta casita aquí y esta allá, es una ciudad que nació desde el espíritu de los que aquí viven y eso es lo que le da un valor más particular”.

Una ciudad que levantó no solo un entramado urbano perdurable hasta los días de hoy, sino que colonizó también un Valle de los Ingenios, que más allá de la opulencia de sus casa-haciendas, es la huella viva de un conjunto que reúne valores incomparables: naturaleza, arquitectura, arqueología y modo de vida.

De ahí que en 1988 se incluyera también en la lista del Patrimonio Mundial. Más de 270 km cuadrados han sido declarados zona priorizada para la conservación, en la que se incluyen sitios arqueológicos, casa-haciendas, torre-campanarios, caseríos de esclavos...

Conservar ambos escenarios —tanto el Centro Histórico como el Valle— no puede ser únicamente una labor de especialistas. La Oficina del Conservador, surgida 22 años atrás, pone en práctica políticas de conservación dirigidas también a concienciar a los moradores de estos dos lugares.

A juicio de la arquitecta Arianna Domínguez Camacho, la habitabilidad del Centro Histórico complejiza aún más las labores de conservación. “Mantener la salvaguarda del patrimonio que tenemos —señala— es un poco complicado, porque Trinidad es una ciudad en la que casi todo su Centro Histórico son viviendas.

“La Oficina todos los años desarrolla diferentes acciones que abarcan las edificaciones de carácter social y las de valor histórico; las intervenciones urbanas —incluye plazas y plazuelas—; la imagen de ciudad, es decir, la fachada, las aceras, los empedrados, la iluminación; los trabajos comunitarios y los planes emergentes. Además, se potencia el desarrollo de proyectos culturales”.

Para llevar a cabo tales propósitos la Oficina dispone de más de 3 millones de pesos, en ambas monedas, destinados a las obras de reparación y mantenimiento y para emprender las inversiones, 472 000 pesos. Muchos trabajos también se asumen con la cooperación de organizaciones internacionales como la Junta de Arquitectos sin fronteras, de Andalucía, que permite rehabilitar barrios como Las Tres Cruces o la calle Independencia en la que se beneficiarán más de 130 familias.

No se limitan únicamente a la céntrica Plaza Mayor o a los museos, las labores en pos del patrimonio también se han extendido, con más o menos furor, hasta el mismísimo Valle.

“En estos momentos se quiere fortalecer el trabajo que se hace en el Valle, ya existe un plan de ordenamiento especial por parte de Planificación Física. Se pretende crear próximamente un proyecto de senderos para que se pueda ver completamente el proceso azucarero del siglo XVIII y XIX en Trinidad, que existe allí como en



Los atractivos de la villa son apreciados diariamente por visitantes de varios sitios del mundo.